

otras peregrinas rarezas, por algún escaparate del severo Londres!...

.....
.....
Esa, pues, repito, la de un campamento, la impresión que primero se descubre en Veracruz. Luego, ya, se va conociendo a los hombres, a los jefes, a los promotores y égidas del movimiento, responsables ante el mundo de la enconada revolución!!

Estudíeles con calma.

LOS HOMBRES

CARRANZA

Jamás juzgues los hechos aisladamente; busca siempre sus orígenes, y la condición de quién o quiénes los ejecutan.

Yo no sé si esto que dejo transcripto, a guisa de sentencia, pertenece a algún santo padre de la Iglesia, buenos varones ellos que supieron acoplar a glosa de palabras el camino perfecto; o si corresponde a otro filósofo profano, aunque también exaltador de la persona sobre la cosa, no a la manera de Federico Nietzsche, el cual, sin embargo de su inquietud hacia la super-hombría, consideraba lo primero la obra, después al ejecutante; acaso aún naciera la frase sutilísima, tan justa y prudente, de la cabeza del vulgo, señor más calumniado que imbécil, a veces docto, siempre, en apreciaciones, certero. Viéneme a propósito; sírveme para fácil basamento de biografías insignes; y queda ahí. Reclámenla cuantos quie-

ran, y por cuantos quieran. Servirá para todos.

La revolución mexicana—con perdón de muchos—arranca de causas y concausas serias, trascendentales, de fuerza y valor universal; no es producto de ambiciones locas, de fatalismo de raza, de lo que un audaz ministro extranjero pudo llamar “manejo de once millones de indios brutos, por doscientos mil blancos sinvergüenzas”—demostrarlo será objeto de próxima conferencia mía. Respecto a los promotores, sustentadores, guías del movimiento, muchos son; pero uno concentra el esfuerzo máximo, marca el primer impulso, alzáse a la historia aureolado de serenidad. Junto a su nombre: Venustiano Carranza, este título: “El Vengador”; vengador de la tiranía más trágicamente feroz que conocen los siglos: tiranía del crimen sobre la libertad decapitada. La revolución es, desde luego, otra cosa y es algo más que don Venustiano; es otra cosa y es algo más que cualquier hombre, alcance a donde alcance su excelsitud; pero don Venustiano es el hombre de la revolución! . . .

Palpita en el mundo no se comprende cuál secreto misterio humano, tocado de divinidad, por el que cada época, cada pueblo, cada acontecimiento por suceder, va moldeando al héroe—léase el vocablo con su puro sentido carlyniiano — héroe, en ocasiones, inesperado e inexplicable. Ejemplo: Mirabeau; aquel turbulento muchacho cuyo abandono se disputa-

ban, arduosamente, padre y tío, rancios próceres de la virtud francesa, en gracia a su vida de disipación y de escándalo. A Mirabeau, ya con treinta años vencidos, acusábasele de mujeriego, de borracho, de camorrista, de pródi-go, de alcahuete. . . . Se le llevó, tras modo inopinado, a la Cámara, y nadie allí tomóse el trabajo de desdenarle siquiera—no valía la pena. Pasa sólo un lapso cortísimo, y aplasta a Bernabe; inquieta a Robespierre; fulmina los rayos de su oratoria genial sobre la cabeza acobardada de los congresistas; señala a las multitudes frenéticas el camino de la Bastilla! . . .

D. Venustiano Carranza, senador de la época porfiriana, silencioso, acoquinado, amorfo, pasivo, hasta responsable de los tremendos pecados del régimen, puede ahora representar, representa, la rebeldía reivindicadora, el brillo patriótico, la diamantina pureza de los ideales del país, camino de la victoria por encima de un vasto campo de exterminio.

Me imagino al viejo gobernador de Coahuila, sobrio, fuerte, duro, varón; jinete en su alazán potro de guerra; la frente ancha y clara, relampagueante, así desbordando las chispas de la idea buena; el pecho robusto, alto y enorme, coraza de férrea altivez, dispuesta a rechazar el dardo de mil enconos rabiosos, emponzoñados dicterios, protervas difamaciones; la diestra amplia, recia y familiar, en actitud de guía, fijando la ruta del honor, de la grandeza, del triunfo nacionales . . .

Chocano, "poeta de América"—acusado de condotiére—con su verbo rotundo, farsalesco, pregonó por los continentes cómo había surgido en el erial telúrico de estas naciones nuevas, el gran orientador, el estadista, el símbolo mortal de las necesidades patrias.

Yo, seguro de no rectificar; sofrenada toda tendencia al hiperbolismo, sí afirmaré que la tierra de Juárez ha dado un reformador más; el Reformador, exigido por la hora, frente al tenaz obstáculo de treinta años de dictadura, puesta en pie tras el sacrificio asesino de Madero.

Reformador! . . . De ahí el que don Venustiano palpe fracasos de defecciones, véase amenazado por las furias de la traición, merezca el vaticinio de perecer un día en manos de sediciosos generales. No se rinde a lo político, sino a lo social; olvida, acaso, el premio, la justicia de individuo a individuo, atento al conjunto; diluyendo provechos personales—grados y preeminencias—en beneficio colectivo: leyes agrarias, enseñanza laica, soberanía municipal. Se levanta y cae; goza y padece; le ensalzan y le agravian; dícese en la cumbre, dialogando con la hermana águila; dícese en la sima donde se revuelcan las mezquinas pasioncillas del mísero planeta. Mas él sigue en su caballo, con la tranquila apostura de un invicto de paz; resplandeciente de fe; encarnando al Destino; tocado de Dios! . . .

Entrevisté al señor Carranza en el siguiente

día de mi acomodamiento en Veracruz, ya entrada la tarde. En el hotel, en el café, en esta tienda de españoles, en aquella tertulia de barberos, por casi todas partes, fuí descubriendo antes, una secreta voluptuosidad por hostilizar al constitucionalismo, — fenómeno a roce de juicio inexplicable, dado que la ciudad sureña gozaba de garantías, tras padecer el yugo, siempre desdorado, de la intervención "yankee;" muerte temporal de la soberanía, con la muerte física de tantos mártires juveniles.—Urueta, entre los más epopéyicos. Saltaban de labio a labio, con bajeza de mentirosa confianza, semejantes afirmaciones: "Obregón se ha sublevado, y arrestará al Jefe proclamándose Presidente de la República"—y yo mismo tomé el "vermouth" de la mañana con Obregón.—"Angeles llega a marcha forzada sobre San Marcos, ha de atravesar las cumbres de Maltrata, viniendo a poner sitio en la semana que corremos"—Angeles no llegó siquiera a salir de México. "Tampico es ya feudo de Villa, y la escuadra se pasó a su parte."—Tampico continúa bajo el gobierno de don Venustiano, y los buques de la marina, con su comodoro Rodríguez Malpica, siguen leales a la causa. Preparan huída ¡alborozo!"—y Faros es, aún, la residencia del Ejecutivo, provisional. Entonces, repito, no me explicaba ese proceso de sor-do ataque a las autoridades del instante; luego, posesionado un poco de la psicología de los elementos en pugna, comprendí: ganga del porfi-

rismo por hispánicos, o por reaccionarios, querían el desastre de los directos derrocadores; nada importándoles, en su grueso espíritu de venganza, que los nuevos mandones fuesen aquellos "bandidos", "salteadores", "baja ralea" de la víspera.

Don Venustiano, pensé, estará bien percatado de cuanto ocurre, del ambiente enemigo que le aprisiona; y, acaso, ha de sentirse molesto, hasta violento, en actitud de represalia, ahora justa, precisa.

Muy al revés: encuentre tranquilo, sonriente, seguro de sí mismo, confundiendo, con la majestad benigna de su indiferencia, a la taiñada oposición furibunda.

Recibiome él en su alcoba íntima; una pieza sencilla donde se ligaban trabajo ardiente, y reposo franco: la mesa de estudio, repleta de lecturas, códigos, manuscritos, revistas y folletos; y el lecho, austero, terso, blanco. Una hora cabal estuve aquella tarde en presencia de Carranza; y aparte el tiempo de las cortesías; —saludo, inquirimiento por adeptos en Cuba, admirables alabanzas al "Heraldo"—hablome de la revolución, de sus anhelos, de cómo vislumbra la cifra de porvenir, del "insubordinado general Francisco Villa"... Y sin jactancia chocante, sin iras bruscas; blandamente, firmemente, con la noble prestancia de gestos y expresiones que cuadra a su prócer jerarquía, cúlmen de ciudadanos.

Cierto escritor español, en intenso estudio de

culturas comparadas, la alemana y la inglesa, afirmaba cómo ésta dáble a cada hombre un concepto, ultra-civilizado, de consideración propia, y homenaje al prójimo, de justeza, de cordura, de refinamiento de casta. "El inglés no dirá nunca sino lo que tenga que decir, y eso en voz baja y sin mover las manos". Tal don Venustiano. Viéndole, escuchándole, recuerda uno las agudas reflexiones de Gracián en su prócer "Criticón": la nariz leonina denota valor, entereza de carácter; la boca debe emplearse para bien hablar, juntándose en ella dón de sabor y palabras, para que antes de emitirlas se les tome el gusto, y ni sean tan agrias que molesten, ni tan dulces que repugnen. (Glosa libre).

Impúsose, casi entrada la noche, el despedirme. Y, francamente, quedé como cautivado.

Ahora ya, conociéndole más y más; frecuentando su trato, con honrosísima preferencia; poseído de cómo ajustará sus actos en lo futuro, por la renuncia de conquistas preciadas, en aras del sosiego público; horro yo de indisculpables parcialismos, quiero recordar para remate de estas líneas, semejante apreciación del filósofo de "Sils María": una porción de personas y cosas no deben tratarse en reducido espacio, pues es muy fácil convertirlas de grandes en pequeñas. El trasunto merecido del ciudadano Vesustiano Carranza, no cabe en los límites de una crónica de periódico; merece, o la amplitud elocuente del libro, o el esfuerzo sintético de la objetivación estatuaría: jinete en

alazán potro de guerra; su pecho, robusto; con la mano señalando los caminos del honor y la dignidad mexicanos!!...

OBREGON

—¿Quién es aquel jefe que atraviesa allá, por el "zócalo", rodeado de juventud?

—El general Obregón.

Alto; fornido; apuesto, dentro de impecable uniforme blanco; paso fuerte y marcial; trájome a la memoria el cálido elogio de Michelet ante Kleber. "Tiene tan militar figura, que a su lado nos sentimos guerreros".

Luego, su nombre me sedujo en fuerza de intensidad onomatopéyica. Sonábame a voz firme, de mando, en orden de combate; a disparo rudo de cañón; a carga unánime de caballería; a victoria, a férrea victoria. ¡Ancha y rotunda sílaba final de un patronímico!

En la propia noche, alrededor de mesa del "Diligencias Viejo", nos hallábamos, hecha rigurosa presentación por Mr. Joseph De Courcy, periodista de los Estados Unidos. Acercóse él a ofrecer al buen corresponsal del "World", copia de este tremendo telegrama que dirigiera a Gutiérrez, Presidente "convencionalista":

"Usted, compañero, me afirmó cómo Villa fué siempre un asesino vulgar; y, o le tiene sometido por cobardes amenazas, o descendió a su nivel".

Leyéndolo, con grato tono de palabra, chispeábanle los ojos, negrísimo; sonreía, con su

boca sana—así muchachuelo travieso, reconociendo la realización de una maldad.

Añadió:

—Hemos de tratarlo de esa manera, un poquito soez, para removerlo sobre sus laureles de trapo.

—¿Y si Villa, furioso, lo escabecha?, aventuró Mr. De Courcy, con su media lengua extranjera.

—No hace más que usurparle el privilegio de muerte a Zapata. En garras de cualquiera de ambos perece, a menos de huirse, sin ruido, a su San Luis. Y, verdaderamente, lo conceptúo como una gran lástima, porque Eulalio, en el fondo, resulta hombre noblote, bonachón, de algunas ideas, capaz; los humos, el Palacio en perspectiva, lo perdieron.

Ensanchose al abrigo de unas copas la conversación, llevada por desiguales senderos, hasta momento en que, disciplinada, concentróse en "cosas" del país.

Obregón hiló vivo alegato. Hizo maravilloso, por lo sintético y certero, resumen revolucionario. Marcole rumbos fijos al movimiento progresivo del constitucionalismo. Señalando, para lapidarlos con tajante dureza, a "tamaños figuroncillos, en aparente privanza, responsables del fracaso de Aguascalientes, y aquí dados al manejo sucio, a la intriga, a la codicia".

Mientras, chipeábanle los ojos azabachinos; temblábanle las hirientes guías del mostacho

sobre su boca voluntariosa, un tanto irónica, mordaz, en ligero rictus de sonreidor.

—Mi único anhelo—exclamaba zumbonamente—es que no me frieguen todavía. Quiero gozar de la República tranquila. México necesita demostrarle al mundo cómo en apenas cuatro años de paz sólida produce, con creces, para saldar sus deudas internas y externas...

—¿Usted aspira?...

—Yo aspiro a volver a la hacienda, a mi humilde quinta "Chilla," para entregarme de nuevo a las luchas del agricultor; convertidos los rifles en aperos de labranza; las balitas, en semillas; estos trajes llenos de galones, en espantapájaros.

—¿Y cuánto tiempo calcula transcurrirá para conseguirlo?

—Depende de circunstancias. Puede ser un año; puede ser menos.

Requirió sus auxilios uno de los oficiales del Estado Mayor.

Marchóse.

De Courcy: Es el general más completo con que cuentan. "The man on horseback".

—Y nada ambicioso; del generalto vuelve, en verdad, a la agricultura—añadió alguien.

¡General! ¡agricultor! Ligué instintivamente los vocablos, rematando cierta observación de Macaulay: "Las mejores espadas de los tiempos han salido del arado".

Día tras día, luego, fuí tratando al invicto guerrero sonoreño. Tomome confianza; me

honró, a veces, con invitarme a su almuerzo, en el vagón de alojamiento. Y siempre descubríale un aspecto interesante, insospechado, insólito. No se adivina, tras la corteza dura, atlética de Obregón, su espíritu dado a sutiles escarceos, su temple lírico, su sangre de romántico, casi valdría escribir su cristalino temperamento de poeta. Y así es. Gusta del equívoco, de la fineza en la dicción, de lo picaresco voluptuoso, del verso, de la música. Recita odas enteras; canta trovas; sacrifica al prójimo en una frase cáustica; manda a sus bandas a que amenicen las veladas de la "Independencia" por el placer de escucharlas. En su cuartito de despacho, encontraranse siempre, flores, cintas, estampas de mujeres que le proclaman: "El Rey de los Valientes". Encontrarase el retrato de don Venustiano.

A éste le admira, le respeta; considérale un patriota digno, cabal; pero no le adula. Odia la adulación; y dado mucho a lo sentencioso, ciñe su odio de tal guisa:

—No temas, y menos desprecies, al enemigo que censura, sino al amigo que adula. Aquél da tiempo a la defensa, éste sorprende con la traición.

Vale la pena insistir en dicha fase de observador, de agudo comentarista, enjuiciante sagaz, en Alvaro Obregón y Salido.

Una mañana, a mi presencia, don Venustiano llamole "hombre de voluntad".

Rápidamente contestó:

—Acepto. Y cuando más he tenido que usar de ella, es para rechazar las lisonjas exageradas de quienes me rodean.

En las horas de indecisión, al evacuarse México, pareció titubeante el general Lucio Blanco, entre venir a Veracruz o quedarse al servicio villista. Llega un emisario suyo, y le cuenta a Obregón cómo, al fin, pide que le ordenen. Replica:

—Si es general de la causa, sólo le mando que cumpla con su deber.

Frente a una amenaza de Villa:

—Mi vida la puse al servicio de la revolución, y haré mi suerte al perderla por ella, sea en cualquier forma.

El mismo, me consta, dicta sus proclamas. Repasando algunas, descúbrese esa como tendencia a lo declamatorio, a lo altisonante, gesto fanfarrón de la raza. Leed:

“No importan los que tengamos que sucumbir: la Historia formará con nuestros cráneos una pirámide donde flotará ilesa la dignidad nacional”. (Manifiesto contra Orozco, Colonia, Oaxaca, Julio 13 de 1912).

“Volemos a disputarnos la gloria de morir por la Patria, lancémonos sobre esa jauría que con los hocicos ensangrentados, ahullan en todos los tonos amagando cavar los restos de Cuauhtémoc, Hidalgo y Juárez, para profanarlos también”. (Hermosillo, Marzo de 1913).

Por entonces, al salir para la campaña, escribe a su hijo:

“Hermosillo, mes de Marzo 5, año de 1913.
Sr. Humberto Obregón.

Huatabampo.

Mi querido hijo:

Cuando recibas ésta, habré marchado con mi Batallón para la Frontera del Norte, a la voz de la Patria, que en estos momentos siente desgarradas sus entrañas; no puede haber un solo hombre mexicano que no acuda; yo lamento sólo que tu cortísima edad no te permita acompañarme.

Si me cabe la gloria de morir en esta causa, bendice tu orfandad y con orgullo podrás llamarte hijo de un patriota.

Sé siempre esclavo del deber: tu Patria, tu hermana y esas tres mujeres que les han servido de madres, deberán formar un conjunto sagrado para ti, y a él consagrarás tu existencia.

Da un abrazo a María, Cenobia y Rosa, y tú con mi querida Quintina, reciban el corazón de su padre.

Alvaro Obregón.

A raíz del crimen Madero-Pino Suárez, lanza este manifiesto: “Miembros todos de la familia mexicana: en nombre de la Patria dolorida y la ley violada, el derecho ultrajado y de la justicia escarnecida, os conjuramos a que levanteis la voz para protestar contra el mal, encarnado por ahora en el Gobierno usurpador de Huerta, y a que empuñeis las armas hasta castigar esa banda de criminales. No tengais piedad con esas hienas. Las infamias que con-

ciben y las torturas que llevan a la práctica en las personas de sus nobles víctimas, los ponen fuera de la ley y borra en ellos todo perfil humano”.

Luego los partes oficiales, aparecen sonoros, minuciosos; magníficos timbres heráldicos—valentía y talento en la ejecutoria de un hombre civil. Buscad los de la toma de la Villa de Nogales, y de la ciudad de Cananea, y de la plaza de Naco, la Batalla de Santa Rosa, el sitio de Guaymas, la toma de Culiacán, capital de Sinaloa...

...Y ahora, Puebla, y ahora, México, y ahora, Zelaya e Irapauto...

Lo proclamo sin reservas: Obregón, en mi concepto, es la más completa figura épica mexicana. Minerva lo prohija, Júpiter arma su brazo; los dioses manes de la revolución le amparan; infunden, para él, a los soldados, bravo respeto, temeraria obediencia. Al igual el yaqui, el maya, el criollo; todos.

A cada cual lo trata bien y distinto. Platícales en sus jergas ancestrales. Señáales a la manera de Napoleón, de Alejandro—¡gran secreto de caudillos para merecer vasallaje!—por sus nombres múltiples, laberínticos—que en tocante a memoria no admito exista quién pueda emularlo. Ejercicios de ella le he presenciado, para causar pasmo. Hácense lenguas cuantos le tratan de ese prestigio nemotécnico que le asiste. Escalaligero, a vivir, correría peligro de verse vencido en magna retentiva. (Sobre la

“Divina Comedia”, Obregón recita, queriéndolo, la Iliada, el Ramayama...)

Por la procelosa época de Juárez, tras la conquista liberal, surgió retador, funesto, hasta triunfar en Tuxtepec, el peligro militarista. Los civiles de ahora, recogida esa y otras vastas enseñanzas, recelan; en el fondo de la contienda actual, dentro del constitucionalismo, vislumbran el golpe del acero que taja, y somete al pensamiento. Creo se equivocan de plano. A ser otro el vencedor, convertiríase en realidad la sospecha, seguro el vaticinio. Con Obregón...

¡Han puesto tan a prueba, personas y acontecimientos, la integridad de este hombre, y ha salido siempre tan a salvo!

¿No será que el abuelo Epaminondas, tiéndele su rígida diestra desde la cumbre de los siglos?...

EL FAMOSO DR. ATL

—Debe usted venir con nosotros al teatro “Principal”. Diserta esta noche, de la serie revolucionaria, el doctor Atl, hombre raro que ha de impresionarle gratamente para buena crónica.

Hablome así el cortesísimo don Juan Zubaran; y, sin dudas, ocupé su máquina. Marchamos...

El templo tálico, otras veces invadido por adoradores de Terpsícore: flamenquismo, canzonetismo, tango, “matchicha”, “kake walk”, y